Globethics Repository



A 100 años de Chicago [A 100 years of Chicago]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Vitale, Luis
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-05 17:48:32
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221324

NUEVA SOCIEDAD NRO. 83 MAYO-JUNIO 1986, PP. 54-65

A 100 años de Chicago. El movimiento obrero latinoamericano

Luis Vitale

Luis Vitale: Historiador chileno de origen argentino. Entre sus publicaciones destacan: "Interpretación Marxista de la Historia de Chile" (5 tomos); "La Formación Social Latinoamericana"; "Hacia una Historia del Ambiente de América Latina"; "Estado y Estructura de Clases en la Venezuela Contemporánea"; "Historia y Sociología de la Mujer Latinoamericana", "Historia General de América Latina" (9 tomos).

Como un homenaje a los mártires de Chicago, el autor reflexiona sobre la teoría y práctica del movimiento obrero latinoamericano. Al respecto se preocupa de procesar teóricamente el rol específico que ha jugado este movimiento en nuestro continente, donde la estructura social diferente a la de los países altamente industrializados ha dado lugar a enfrentamientos también diferentes de clase.
El autor analiza el período que denomina de "sindicalismo independiente" que se extiende hasta 1930, aproximadamente, y el que califica de "sindicalismo institucionalizado " que comprende desde 1930 hasta nuestros días. Luego se refiere a Cuba y Nicaragua como dos revoluciones socialistas triunfantes, sin hegemonía del proletariado.
Concluye afirmando que las últimas investigaciones realizadas constituyen material suficiente para elaborar una teoría propia del movimiento obrero latinoamericano, acorde con sus especificidades. Para ello insinúa el estudio de algunos problemas como la relación etnia-clase, la cuestión nacional y las manifestaciones de la conciencia de clase.

No sé por qué extraña razón el tema del movimiento obrero es uno de los que menos ha merecido atención teórica en América Latina, siendo uno de los más investigados y publicitados. Quizá esta falencia se deba al "peso de la noche" de las ideologías, que han bloqueado el análisis objetivo de la trayectoria de un movimiento obrero que ha seguido un curso específico, diferenciado respecto del europeo. La óptica eurocentrista de la izquierda latinoamericana no sólo ha

conducido a gruesos errores tácticos al tratar de aplicar mecánicamente esquemas importados de los países capitalistas desarrollados, sino también a una impotencia teórica para explicar las particularidades de nuestro conflicto social.

En la base de esta falta de respuesta, creemos que está un fenómeno central: la teoría de las clases fue y sigue siendo fundamentalmente europea; no existe aún una teoría universal de las clases y de la lucha de clases, porque la que conocemos está basada en el desarrollo particular del capitalismo europeo, sin considerar la estructura social de Asia, Africa y América Latina.

Es correcto definir las clases según el papel que juegan en una formación social histórico-concreta, en su relación con los medios de producción y la propiedad, la forma de apropiación del plusproducto social, los ingresos por vía del trabajo productivo e improductivo, en fin, el mecanismo por el cual un sector de la sociedad se apropia del trabajo de los demás. Sin embargo, esta definición no agota la caracterización de las clases sociales porque falta un factor importante: la conciencia de clase. Para cualquier acción sindical política es fundamental conocer tanto la clase "en sí" como su nivel de conciencia. distinguiendo la clase como estructura y la posición coyuntural que adopta en el conflicto político intra e inter clases. A diferencia de los estructuralistas, creemos que las clases sociales no existen sino en y por la lucha de clases. Clase, conciencia de clase y lucha de clases constituyen un todo único e indivisible. No tomar debida cuenta de esta totalidad, conduce a elaborar historias del movimiento obrero desligadas de la formación social, sin estudiar siquiera a la clase opresora, la acción de su Estado y la vida cotidiana (familia proletaria, uso de su tiempo libre, hábitat, etc.) traspasada por la ideología de la clase dominante. Se han publicado historias donde se confunde clase, movimiento obrero, sindicatos y partidos. Por eso, muchas de esas obras no son en rigor historias del movimiento obrero sino historias de sus organizaciones sindicales y políticas.

Otra consideración metodológica importante para hacer un balance del último siglo de luchas de la clase trabajadora tiene relación con el tipo de capitalismo que se generó en América Latina. Desde la segunda mitad del siglo pasado se generalizó un capitalismo primario exportador que dio lugar a un proletariado, minero y rural, muy diferente al europeo. Y desde la década de 1920 un proletariado industrial también con características propias. Una formación social donde junto al predominio del modo de producción capitalista existieron otras relaciones de producción precapitalistas, no necesariamente feudales; franjas numerosas de artesanos que, a diferencia de Europa, no fueron eliminadas por el proceso de industrialización por sustitución de algunas importaciones una pequeña burguesía, urbana y rural, fundamentada en explotaciones de tipo familiar, de mucho peso social y cultural. Y en las últimas décadas, la incorporación masiva de la mujer al trabajo y la emergencia de las capas medias asalariadas, por el ensanchamiento del sector terciario y de las funciones del Estado. Junto a ellas, una constante secular en la región mesoamericana y andina: la presencia de millones de indígenas que lejos de haberse extinguido, como

pronosticaban los ideólogos del "progreso", expresan más vigorosamente que nunca sus culturas.

Esta estructura social diferente a la de los países altamente industrializados dio lugar a enfrentamientos diferentes de clase donde el movimiento obrero jugó un papel específico que es necesario procesar teóricamente en el centenario de los mártires de Chicago, como lo han intentado Plá, Pecaut, Rama, Lowy, Gilly, Lora, Jobet, Ramírez, Segall, Godio, Moncayo, Ycaza, Anguiano, Leal, Sulmont, Quintero y otros.

Algunos autores incluyen como primera fase organizativa del movimiento obrero a las sociedades mutuales. Si bien es cierto que en el siglo pasado existió una estrecha relación entre el artesanado y el proletariado embrionario, es un error identificar las organizaciones artesanales con las del proletariado. En rigor, los artesanos, dueños de pequeños talleres, formaban parte de los sectores medios. El mutualismo fue un movimiento de ideología reformista pequeño burguesa. No planteaba un cambio del sistema sino mejoras dentro del sistema, defendiéndose del gran capital a través del cooperativismo, el fomento del ahorro y la formación de sociedades de socorros mutuos. Estas sociedades contribuyeron a nuclear a los trabajadores para discutir problemas sociales, inculcándoles los principios elementales de organización social. Sin embargo, su ideología retardaba el desarrollo de la conciencia de clase de los obreros mineros, rurales, ferroviarios, porsarios y urbanos, quienes a fines del siglo pasado en algunos países y a comienzos el presente en otros, lograron superar los estrechos marcos del mutualismo, con la creación de los primeros sindicatos.

A riesgo de caer en unilateralidades y de confundir la historia del movimiento obrero con la historia del sindicalismo, podríamos establecer la siguiente periodización tentativa: un período que se podría denominar "sindicalismo independiente" hasta 1930 aproximadamente, y otro que calificaríamos de "sindicalismo institucionalizado" desde 1930 hasta la actualidad.

Sindicalismo e independencia de clase

Una de las características de la primera fase fue el método de acción directa, sin intermediación de los organismos laborales del Estado. Los trabajadores llevaban adelante sus luchas sin importarles que fueran calificadas de ilegales; eran huelgas simplemente, sin el apellido de legales o ilegales. Otra característica era la ausencia de aparatos burocráticos consolidados en el movimiento sindical. Más, este sindicalismo tenía dos grandes debilidades, por lo menos: el escaso número de obreros industriales y la falta de una estructura orgánica nacional. En este sindicalismo de revuelta había una contradicción entre el deseo primario de cambio social y la insuficiencia organizativa y política, permeada por dos corrientes contrapuestas: el anarquismo y la social democracia.

El primero, sin ninguna duda más importante que el segundo en cuanto a

influencia en el conjunto de América Latina, caía a menudo en salidas vanguardistas al plantear el derrocamiento del capitalismo mediante reiterados llamados a la huelga general para instaurar de inmediato la sociedad sin clases y sin Estado opresor. Si bien esta concepción del "todo o nada" no era la más acertada para cambiar la sociedad, es necesario, en este centenario de los mártires de Chicago, reconocer que los anarquistas fueron los que más contribuyeron a formar las primeras organizaciones clasistas y a crear los embriones de una conciencia anticapitalista. Una de sus falencias más grave fue haber soslayado el problema nacional en momentos en que el imperialismo estaba apoderándose de nuestras materias primas e interviniendo militarmente en Centroamérica y el Caribe.

Por su parte, los socialistas se fueron haciendo más reformistas a medida que se lineaban con las corrientes bernsteinianas le la II Internacional. Se ha dicho que los partidos socialistas (PSs) no lograron un mayor crecimiento porque los anarquistas es disputaron el espacio sindical. Pero justamente donde el socialismo tuvo fuerza - Argentina y Uruguay - fue en los países Je mayor arraigo anarquista. La explicación de la debilidad de los PSs habría que buscarla, por un lado en causas de estructura, como el escaso desarrollo del proletariado urbano, y por otro, en motivos políticos, como la ausencia de un programa agrario y antiimperialista. Los socialdemócratas no lograron echar hondas raíces en América Latina porque no entendieron la especificidad de nuestro continente, su etnia y su región, variables que era necesario cruzar con la estructura de clases y, en particular, con un proletariado cuya mayoría no era industrial sino minera y rural. Los PSs copiaron el esquema europeo, trasladando mecánicamente el programa de la II Internacional a nuestro continente agrario, indígena, negro, mestizo y semicolonizado por el imperialismo. En rigor, eran partidos reformistas, básicamente urbanos, sin vocación de poder, aunque en su seno se desarrollaron fuertes tendencias marxistas. De no haber sido por la existencia de estas corrientes, sería imposible comprender el peso específico que adquirieron en menos de un lustro ciertos partidos comunistas de América Latina, cuyos dirigentes, cuadros medios y bases provinieron en su mayoría de los PSs y, en menor medida, del anarcosindicalismo.

Sindicalismo institucionalizado

El segundo período, caracterizado por la legalización de los sindicatos institucionalizados por los códigos del trabajo, estimuló la organización masiva de la clase trabajadora, pero limó sus aristas filudas. Los movimientos "populistas", como el peronismo, varguismo, Acción Democrática, PRI, MNR y otros, utilizaron el desarrollo del sindicalismo legal para implantar una política de estatización sindical, que les permitió un control del movimiento obrero a través de las burocracias sindicales digitadas por el Estado. Este fue un momento clave para la historia del movimiento obrero porque, a partir de 1940 aproximadamente, los partidos del centro-burgués ejercen una influencia relevante en el sindicalismo.

Los partidos de izquierda consolidaron en algunos países su influencia en el

movimiento sindical pero se apoyaron en las transformaciones sociales, sobre todo en el crecimiento del proletariado urbano a raíz del proceso de industrialización por sustitución de algunas importaciones, para fundamentar su política de colaboración de clases. Adoctrinados por la línea de Frente Popular, aplicada en Francia y España, plantearon que las nuevas capas proletarias debían dar apoyo a la emergente burguesía industrial para realizar la revolución "antifeudal, agraria y antimperialista", versión latinoamericana de la revolución por etapas.

Carentes de una estrategia de poder y rebasados por los movimientos populistas - a los cuales se caracterizó equivocadamente de fascistas - los partidos de izquierda estimularon el "economicismo" en los sindicatos, mediatizando el desarrollo de la conciencia política de clase. Así se fue consolidando una burocracia sindical, promotora de la política del "apoliticismo", en gran medida semiintegrada al aparato del Estado mediante los procesos de estatización sindical instrumentados por el populismo, que aparece de manera paternalista como legitimizador del movimiento sindical.

No obstante, y como expresión contradictoria de la relación con el Estado, que a su pesar sobrepolitiza la lucha, se crearon en el último medio siglo importantes federaciones nacionales y, en algunos países, poderosas centrales únicas, como la CGT argentina, la COB boliviana, la CNT uruguaya, la CUT chilena pregolpe, que en numerosas oportunidades han superado los marcos economicistas para actuar como organismos políticos de clase en torno a los problemas nacionales. El caso más relevante fue el de la Central Obrera Boliviana que, en 1952 y 1971, se constituyó en embrión de poder dual.

Empero, en las últimas décadas se ha incrementado el "paralelismo sindical" en Colombia, Ecuador, Chile, etc. - estimulado por la ORIT y la Democracia Cristiana -, logrando dividir a los sindicatos, federaciones y centrales por corrientes políticas. Este quiebre de la unidad de clase es uno de los problemas más graves que enfrenta el movimiento obrero.

La tendencia que se observa en las huelgas generales de los últimos años constituiría un esfuerzo para superar esta división. Antes, las huelgas generales estaban centradas casi exclusivamente en la paralización de fábricas y otros lugares de trabajo. Ahora, con las experiencias de los paros cívicos de Colombia, de las huelgas generales de Ecuador, Perú, Bolivia, República Dominicana y el paro nacional de Chile de fines de 1984, se puede apreciar que las huelgas generales abrazan al conjunto de los oprimidos, integrando a la lucha a los habitantes de los barrios, mujeres, grupos culturales y capas medias.

Este fenómeno omniabarcante de las huelgas generales es el resultado de un proceso de organización por la base que se está dando a niveles sectoriales, locales y de barrios. La organización de carácter zonal se produce tanto en los sindicatos como en las barriadas, llegando a establecerse una estrecha relación entre ambos. El ejemplo más demostrativo ocurrió en Chile bajo la Unidad Popular, cuando los

cordones industriales, estructurados por formas y no por ramas gremiales, se combinaron con los comandos comunales para generar un embrión de poder local. Esta experiencia no fue olvidada por los trabajadores chilenos que, en plena dictadura pinochetista, han vuelto a reeditar ciertas formas de organización regional, como la agrupación de sindicatos "Solidaridad", constituida en enero de 1980 en la zona de Vicuña Mackenna, y la Federación de Trabajadores de Maipú, uno de cuyos dirigentes ha dicho: "la solidaridad proviene del sindicato que está más cerca, no del sindicato de la misma rama". Es sabido que la clave del empuje de los obreros polacos - de su ulterior sobrevivencia reside en la estructura zonal de "Solidaridad".

La organización regional de los explotados está facilitando la interrelación de los sindicatos base con los movimientos de pobladores, mujeres, cristianos de avanzada y grupos culturales. De este modo, con los nuevos movimientos sociales, se amplía el área de acción del movimiento obrero, que por lo demás no sólo está constituido por el proletariado sino también por otras capas de explotados, incluidas las capas medias asalariadas; razón por la cual sería más riguroso hablar del movimiento de la clase trabajadora, en lugar de movimiento obrero que restringe el frente único de los explotados y la política de alianza entre lo oprimidos, que no sólo son los proletarios.

Cuba y Nicaragua: dos revoluciones socialistas triunfantes sin hegemonía del proletariado

Las únicas dos revoluciones socialistas victoriosas en América Latina se efectuaron sin una participación preponderante del movimiento obrero urbano. El hecho de que la revolución no estallara en las naciones capitalistas desarrolladas sino en Rusia, China y otros países semicoloniales dependientes, con la participación masiva de campesinado, no fue procesado oportunamente por la izquierda latinoamericana apegada rígidamente al esquema de que sólo el proletariado podía cumplir el papel de caudillo del cambio social.

Por eso, la revolución cubana emergió en 1959 como algo insólito: una revolución en camino de consumar no sólo la liberación nacional sino también la social, sin la conducción del partido del proletariado (PSP-PC) y sin la participación decisiva del movimiento obrero. Mas, era una dirección que, a pesar de estar integrada en su mayoría por elementos provenientes de las capas medias, especialmente intelectuales, fue combinando su programa antimperialista con medidas socialistas, en un proceso de revolución permanente e ininterrumpida. Este terremoto político grado 11 volvió repetirse con la revolución nicaragüense, donde los partidos de izquierda se aislaron del proceso guerrillero y de la ulterior insurrección popular armada, liderada por el Frente Sandinista. En este triunfo tampoco tuvo un papel hegemónimo el proletariado nicaragüense, que como es sabido era más débil que el cubano.

Sería una ligereza teórica sacar de estas experiencias la conclusión de que el proletariado ha dejado de ser el agente histórico del cambio social, como sostuvo

Marcuse. Una revolución social no se define por el número de obreros, empleados o campesinos que participan sino por el proyecto político en favor de la clase o los sectores de clases explotadas que lleva adelante una dirección colectiva, emergida del seno mismo de los oprimidos. Se puede afirmar que, al igual que en Cuba y Nicaragua, el programa de liberación nacional y social continuará nutriéndose del arsenal teórico generado por el movimiento obrero desde hace más de un siglo.

El triunfo de las revoluciones cubana y nicaragüense, además de otros conflictos sociales, muestran que en América Latina existen numerosos países donde el proletariado constituye un sector minoritario de la población y que, por consiguiente, las transformaciones revolucionarias tendrán que hacerse tanto con el proletariado industrial y urbano no fabril, como con el campesinado, el proletariado rural, los habitantes de las poblaciones urbano-periféricas pobres, las capas medias asalariadas - incluida la intelectualidad de avanzada -, los cristianos de base y los ecologistas, todos cruzados por el movimiento de liberación de la mujer.

No basta estudiar la contradicción burguesía-proletariado. Es necesario ampliar esa contradicción a otras capas que también son fuerzas motrices del cambio social, que no siempre depende del grado de desarrollo de las fuerzas productivas sino del proceso caliente de los seres humanos involucrados en la lucha de clases. Es en el plano político donde se resuelve temporalmente y de modo inestable el conflicto social.

Hacia una teoría propia

Las investigaciones realizadas en las últimas décadas, sumadas a las que anteriormente hicieron, sin mucho oficio pero con pasión y praxis cotidiana, los militantes de izquierda constituyen un material suficiente como para poder elaborar una teoría propia del movimiento obrero latinoamericano. Estamos convencidos de que así como no existe una teoría mundial de historia universal, sino sólo una versión europea de ella, tampoco hay una teoría mundial del movimiento obrero y de los conflictos de clase. Esta teoría surgirá de los aportes de los investigadores asiáticos africanos y latinoamericanos en conjunto con sus colegas europeos y norteamericanos.

Corresponde, pues, a los estudiosos de nuestro movimiento obrero hacer esa contribuciones destinadas a generar un teoría latinoamericana del movimiento obrero, acorde con sus especificidad como aporte a una teoría mundial de la clases. Nosotros nos permitiremos insinuar algunos problemas, por el momento apremiados por el espacio.

Las relaciones etnia-clase

Para analizar a cabalidad el movimiento obrero - y por extensión la lucha de clases en América Latina - es fundamental comprender la relación etnia-clase, problema

ignorado por la historiografía tradicional y soslayado por la mayoría de los marxistas, a tal punto que desde los escritos pioneros de Mariátegui no hay estudios significativos sobre el tema.

Aunque ya existían diferencias de clases en las formaciones sociales inca y azteca, recién a partir de la conquista hispano-lusitana la relación etnia-clase se configuró de manera multifacética porque a las etnias indígenas se les sumaron las multietnias africanas. Junto a las relaciones esclavistas y serviles, se gestó - un embrión de asalariado en las minas y en las haciendas coloniales, integrado básicamente por indígenas y mestizos. En los movimientos indígenas de lucha por la tierra, la etnia fue preponderante. En cambio, en las luchas por salarios y mejores condiciones de vida, lo fundamental fue el interés de clase. En el sector negro, la condición de clase se fue acentuando por encima de la etnia, aunque ésta seguía siendo importante, ya que inclusive en los casos de manumisión el negro continuaba igualmente discriminado.

Durante los siglos XIX y XX la relación etnia-clase continúa dando su impronta específica a las clases explotadas y oprimidas de América Latina, priorizando cada vez más las relaciones de clase sobre las de etnia, especialmente a partir de la "segunda colonización" de la frontera, ya que los nuevos despojos de tierras obligaron a los aborígenes a entrar en un camino forzado de proletarización. Proceso similar, aunque por distintos motivos, se dio con los negros, que al dejar de ser esclavos se convirtieron en asalariados o pequeños productores. No obstante las leyes abolicionistas, continuaron siendo postergados por los blancos en razòn de su color. La relación etnia-clase fue adquiriendo nuevas formas a medida que evolucionaba el sistema de dominación capitalista, al combinarse los problemas étnicos y de clase en el enfrentamiento con la burguesía, tanto opresora como explotadora.

Esta especificidad ha estado presente en las luchas del movimiento obrero de casi todos los países, con excepción de Argentina y Uruguay donde la cuestión se expreso por otra vía: el aluvión migratorio de millones de italianos, españoles, polacos, etc., que llegaron a las orillas del Plata. En todos los casos, la relación etnia-clase configuró un movimiento obrero diferente al de los países capitalistas desarrollados. Sin la consideración de esta problemática no sería posible explicar la particularidad del movimiento obrero mexicano, centroamericano y andino, cruzado por el ancestro aborigen. ¿Cómo explicar, por ejemplo, la participación del movimiento obrero en la revolución mexicana de 1910-20 y en la boliviana de 1952 si no se comprenden sus motivaciones étnicas, sus costumbres y sus diferentes religiones? ¿Puede entenderse la revolución nicaragüense sin analizar la raigambre étnica y las creencias religiosas de su pueblo, incluido el proletariado? Algo similar ocurre con la clase trabajadora de Colombia, sobre la cual ejerció relevante influencia el líder indígena Quintín Lame, cuyas ideas eran transmitidas en su misma lengua por los obreros que habían migrado de las comunidades aborígenes a las urbes. En Ecuador, donde los sindicatos y las ligas indígenas de la década del 30, lideradas por Ambrosio Lazo, jugaron un papel decisivo en la organización del

movimiento obrero, que lo respaldó en su candidatura a Presidente de la República. En Perú donde el proceso de sindicalización rural con rasgos milenaristas, conducido por el indígena Eduardo Quispe y Quispe, se proyectó a las zonas urbanas. No por casualidad, Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui - y antes el anarquista Manuel González Prada - prestaron atención a este fenómeno social, que sigue expresándose en Lima y Arequipa como en las zonas a rurales. Inclusive, habría que tratar de explicarse la influencia de Sendero Luminoso en el campo y la ciudad a través de la relación etnia-clase.

En la zona del Caribe, tampoco es posible comprender al movimiento obrero si no se toma en consideración su raíz étnica básicamente negra, que le da una impronta diferente a la de la región mesoamericana y andina, puesto que los negros no tienen la tradición de lucha de los indígenas por recuperar las tierras, que les pertenecían antes de la invasión española y portuguesa, ni la cuestión de una lengua milenaria perdida desde el primer siglo que llegaron forzadamente a nuestra América. En Cuba, la discriminación fue tan ostensible que los patrones impusieron el criterio de que el 75% de los trabajadores de la industria tabacalera debían ser blancos. Como respuesta a esta medida racista y a la ley de 1912 que prohibía a los negros ser candidatos a la presidencia, se fundó en 1915 el Partido Independiente de Color, que desencadenó la insurrección popular denominada "guerra de razas". Por otra parte, en Brasil se creó en 1931 el Frente Negro culminación de una paciente labor de clubes organizados en 1915 y del Centro Cívico Palmares. La etnia-clase también cruzó el movimiento obrero panameño, jamaiquino y guyanés.

La cuestión nacional

Esta relación se expresó de un modo diferente en la cuestión nacional en la costa Atlántica sur, donde la inmigración europea desempeñó un papel destacado en la formación del movimiento obrero. Esta influencia tuvo aspectos positivos en cuanto a traslado de experiencias concretas e ideas sociales y políticas, pero condujo a un deseo vanguardista, que puso solamente el acento en las reivindicaciones de clase ignorando el problema nacional-antimperialista, con el argumento de que éste podría inducir a una colaboración de clases. Esta actitud no sólo era propia de los anarquistas sino también de los partidos socialistas de Argentina y Uruguay. Más grave aún fue la posición de los anarquistas en Cuba, cuando ésta era todavía colonia de España, ya que se opusieron a la segunda guerra de liberación nacional, acaudillada por Martí, pensando que lo único importante era la lucha contra los patrones en las fábricas. También tuvo una actitud equivocada frente al problema nacional el Partido Socialista de Puerto Rico, quizá el más importante PS del continente, pues en 1917 obtuvo el 14% de los votos y dos parlamentarios, además de tener una influencia decisiva en la Federación Libre de Trabaja dores, cuyo secretario general era precisamente el socialista Manuel Rojas, que ponía el acento en las reivindicaciones de clase, subestimando el problema nacional en su país, colonia yanqui.

La cuestión nacional es presisamente punto de mayor diferenciación entre el movimiento obrero latinoamericano y el europeo, con excepción de España, Irlanda y algunas zonas de Europa Oriental. Inclusive, en estos casos la cuestión nacional está referida casi exclusivamente al problema de las nacionalidades. En cambio, en América Latina, además de las minorías nacionales - especialmente indígenas - se dio la lucha anticolonial durante el siglo XIX y el combate nacional-antimperialista en el siglo XX.

Pues bien, nuestro movimiento obrero ignoró la cuestión nacional durante las tres primeras décadas del presente siglo y, luego, sus partidos la utilizaron como instrumento para la colaboración de clases; vacío prontamente cubierto por los movimientos nacionalistas, desde el APRA joven hasta el sandinismo y el 26 de julio, pasando por el cardenismo, el peronismo de los primeros tiempos, el gaitanismo, el MNR boliviano (1952-55) y otros. Uno da los pocos casos en que la izquierda pudo implementar medidas antimperialistas fue con el gobierno de Salvador Allende, que en lo fundamental cumplió todas las tareas nacional-antimperialistas de una revolución democrática, pero no se atrevió a franquear la valla hacia el socialismo, lo cual confirma el hecho de que el cumplimiento de una primera etapa democrático-burguesa no garantiza el pasaje automático a la fase de construcción del socialismo.

Las manifestaciones de la conciencia de clase

La falta de precisión en el manejo de la categoría de conciencia de clase ha dificultado el análisis de la historia de nuestra clase trabajadora y la interpretación de los cinco sucesos más relevantes que han acaecido en el último siglo en América Latina: las revoluciones mexicana, boliviana, cubana, nicaragüense y el proceso durante la Unidad Popular Chilena.

La revolución boliviana de abril de 1952, que culmina con la destrucción del ejército burgués - hecho inédito hasta entonces - ¿es sólo la expresión de la conciencia de clase o de un mayor grado de conciencia? ¿Se da un salto a la conciencia política de clase cuando se produce la dualidad de poderes entre la COB y el gobierno? Y los campesinos que entraron en combate, ¿qué grado de conciencia de clase tenían? ¿O acaso la conciencia de clase es un don exclusivo del proletariado?

Respecto de la revolución mexicana (1910-20) ¿cómo comprender la paradoja de que los campesinos tuvieron más conciencia revolucionaria, bajo el liderazgo de Zapata y Villa, que la mayoría de los obreros que respaldaron a Carranza y Obregón?

Hemos ya señalado que la revolución cubana se hizo sin la presencia de un partido marxista. Tenemos, por consiguiente, que dar respuesta a este interrogante: los militantes del 26 de Julio ¿qué conciencia de clase tenían? ¿Cómo llegaron a la conciencia política revolucionaria de clase sin estar integrados a un partido

marxista?

En Chile, la conciencia de clase, forjada desde principios de siglo, se expresó en la toma del poder local en Puerto Natales (1919), en la "República Socialista" de 1932 y la presentación de candidatos obreros a la presidencia de la República (Recabarren en 1920 y Humberto Valenzuela en 1941). Su expresión más elocuente fue el triunfo de Allende en 1970, hecho que invita a reflexionar acerca de si esa victoria sólo fue expresión de la conciencia de clase a secas o una conciencia política de clase en desarrollo dialéctico. Dos años después, se generan los cordones industriales que plantean objetivamente la lucha por el poder, exigiendo armas para el pueblo. ¿Esto no significa un nuevo estadio o ascenso cualitativo en la conciencia de los trabajadores que va más allá de la pura conciencia de clase y de la conciencia política de clase? ¿Podría llamarse a este nivel superior conciencia política revolucionaria de clase?

La revolución nicaragüense plantea nuevos desafios teóricos, ya que tampoco fue dirigida por un partido marxista. Uno de los problemas es esclarecer cómo se fue fusionando la conciencia antimperialista que venía madurando desde los tiempos de Sandino con la conciencia anticapitalista de las masas que combatieron contra el Estado burgués, representado por la dinastía de los Somoza.

La necesidad de tratar con mayor fineza estos procesos que conduce a plantear una serie de reflexiones en torno al problema de la conciencia de clase, que obviamente surge de la realidad histórica y de estudio concreto.

A nuestro modo de entender, hay que partir de aquella frase del Manifiesto Comunista: "La ideología predominante de toda sociedad es la ideología de la clase dominante". Por eso, no es posible conocer verdaderamente la historia del movimiento obrero sin analizar el desarrollo del sistema capitalista, de su Estado y la cultura que impone la clase dominante. Si bien los explotados logran desarrollar su conciencia de clase en lucha contra los patronos, continúan sufriendo la influencia de la ideología burguesa en la vida cotidiana, las costumbres, el consumo, la escuela, etc. No sólo es una traba la ideología de la clase dominante, sino también el reformismo.

Los fundadores del materialismo histórico no alcanzaron a sistematizar su pensamiento en relación a los problemas de la conciencia de clase. No existe ninguna obra de Marx o Engels donde se haga un análisis a fondo de la llamada "clase en sí" y "clase para sí", conceptos a veces utilizados equivocadamente por Marx en la **Miseria de la Filosofía** y en el capítulo "Proletarios y comunistas" del **Manifiesto Comunista** donde afirma que el proletariado se constituye recién en clase a través de la acción y la lucha contra la burguesía, definición que está más relacionada con el grado de conciencia que con la estructura de clase.

Marx no aborda el tema de la introducción de la conciencia política desde afuera de la clase trabajadora. Esta cuestión recién será apuntada por Kautsky y, luego,

por Lenin, quien tuvo quizá razón en insistir en que los intelectuales comprometidos introducirían desde afuera de la clase trabajadora las ideas del socialismo, debido al retraso político y cultural de los obreros. Pero, en la actualidad, en que se han difundido masivamente las ideas socialistas y en que los Estados en transición al socialismo constituyen más del tercio de la humanidad, ya no tiene mucho asidero esta tesis. Sostenerla hoy en día es deslizarse hacia una línea cuasi-sustitucionista.

La polémica sobre el llamado "espontaneísmo" entre Lenin y Rosa Luxemburgo también abordó el tema de las manifestaciones de la conciencia de clase. A pesar de las deformaciones que hizo el stalinismo del pensamiento de Rosa Luxemburgo, es evidente que ésta no negaba el papel del partido para acelerar la conciencia de clase, y como prueba de ello entregó su vida en las calles bajo la bandera de su organización: Spartacus. Polemizando con Lukács, Michael Lowy sostiene que para la Luxemburgo la espontaneidad no era necesariamente producto de la situación económica sino que también tenía "una dimensión política esencial, tanto en sus causas como en sus consecuencias al nivel de la conciencia de clase"[1].

La conciencia de clase se desarrolla de manera discontinua y desigual en la acción, en el conflicto social, en el proceso de lucha de clase-conciencia de clase-partido(s) de clase. Pero no hay acción sin un cierto grado de conciencia de clase y no hay con ciencia de clase sin acción social de masas.

No hay conciencia de clase dada de una vez y para siempre. Va cambiando y se expresa de diferentes maneras, según la fase de ascenso o retroceso del movimiento obrero, y la experiencia concreta de cada segmento explotado, siendo fundamental el momento en que la clase trabajadora adquiere conciencia del papel que juega el Estado burgués, como ocurrió en Cuba y Nicaragua.

Aunque la formación de la conciencia de clase - a través de múltiples acciones como las huelgas, manifestaciones, elecciones, etc. - se concreta en la lucha social de cada país, influyen en ella los acontecimientos internacionales. Sin ir tan lejos, es decir, a la influencia que ejercieron las revoluciones rusa y china, podemos comprobar el significado que tuvieron las revoluciones cubana y nicaragüense en el desarrollo de la conciencia de clase no sólo del proletariado sino también de otros sectores explotados y oprimidos. Cabria, pues, reflexionar sobre si la conciencia de clase es una categoría que sólo se refiere al proletariado o si corresponde a todos los asalariados y explotados del campo y la ciudad, incluidos los semiproletarios rurales y las capas medias asalariadas urbanas. Y las mujeres que, sin ser proletarias, han comprendido la necesidad de derrocar sistema capitalista como condición "sine qua non" para lograr su liberación, ¿qué tipo de conciencia de clase tienen, además de su conciencia feminista? ¿Qué tipo de conciencia tienen los campesinos e indígenas que se han insurreccionado más de una vez contra el régimen burgués de dominación en Perú, Colombia, Guatemala y El Salvador? También cabría preguntarse, ¿qué tipo de conciencia de clase tenían

1 Lowy, M.: *El Marxismo Olvidado*, Ed. Fontamara, Barcelona, España, 1978, p. 81.

los habitantes de los barrios populares de Santo Domingo que en 1965 se apoderaron de las calles durante varios días?

Una teorización a fondo del problema, que emerja de un estudio concreto de la realidad, podría enriquecer la historia de la clase trabajadora latinoamericana, contribuyendo a esclarecer en cada país el papel jugado por la "falsa" conciencia como expresión de la ideología burguesa que no ser "falsa" no es real; el proceso de evolución de la conciencia primaria de clase, llamada conciencia sindical o anti patronal por algunos; el desarrollo de la conciencia política de clase, como salto cualitativo de la conciencia primaria; la conciencia política revolucionaria de clase o conciencia socialista, que irrumpe cuando los trabajadores se proponen la conquista del poder y la construcción de una nueva sociedad.

Estos estadios de la conciencia de clase no están separados; se entrecruzan, se interpenetran y se expresan, a veces en la misma coyuntura política, de manera desigual según las experiencias de los diversos segmentos de la clase explotada. Por ejemplo, en la Cuba de Batista, mientras un sector de trabajadores sólo luchaba por aumentos de salarios, otro se preparaba para la insurrección popular armada en coordinación con los guerrilleros de la Sierra Maestra. Otro caso es el argentino donde llama la atención que un proletariado tan combativo y bien organizado no haya podido aún elevarse a un mayor nivel de conciencia política. La ideología peronista - de conciliación entre el capital y el trabajo, encubierta por el discurso populista - ha jugado indudablemente el principal papel mediatizador para que se haya producido este desfase tan agudo entre la conciencia primaria y la conciencia política de clase.

No hay desarrollo lineal de la conciencia. No se da primero la conciencia de clase luego la conciencia política y, posteriormente, la conciencia revolucionaria. El proceso es más complejo, porque no se trata de la conciencia individual de cada trabajador sino de la condición social e histórica de una clase o de capas de ella. La conciencia social, expresada en la lucha de clases, es una de las formas de manifestación del ser social. La clase trabajadora acelera su conciencia de clase para, paradójicamente, desaparecer en definitiva como clase en la sociedad auténticamente socialista, autogestionaria, libertaria y sin ningún tipo de Estado, que fue quizá el proyecto alternativo de vida que soñaron algunos de los hombres que cayeron en Chicago.

Referencias

Lowy, M., EL MARXISMO OLVIDADO. p81 - Barcelona, España, Ed. Fontamara. 1978.